

Presencia de María Santísima en Argentina

Relatos históricos de la presencia de María en la Argentina de hogaño

Canónigo José Mosé¹

Nuestra Señora de la Merced, bajo el título de los Buenos Aires

La primera entrada y devoción a Nuestra Madre, en 1536, con la expedición de don Pedro de Mendoza, se hizo bajo el título de Nuestra Señora de la Merced. El mismo título de Nuestra Señora de los Buenos Aires, afectuosamente otorgado por los fervorosos marinos que a Ella se encomendaban antes de partir, está dirigido a una antigua imagen de la Virgen bajo el título de la Merced que en Cagliari, Cerdeña, era centro de devoción desde 1370.

Quizá fue sugestión de los frailes de la Orden de la Merced, quienes venían en la expedición, el que se pusiera bajo la protección de esa Virgen Mercedaria, al puerto que se fundaría.

Sabemos que la devoción a la Santísima Virgen de don Pedro de Mendoza era patente y sentida. Su expresión de pleno homenaje de 1535 es clara: "... que estaba ya a punto para con la ayuda de Nuestro Señor e de Nuestra Señora... seguir su viaje ". Por otra parte, en el testamento hecho tres días antes de hacerse a la mar -21/VIII/1535-, comienza: "En el nombre de Dios y de la Santa Trínidad... e de la buena venturada Virgen gloriosa su Madre. Ella que es Madre de Consolación e de piedad, a quien yo tengo por Señora e por abogada en todos los míos hechos, a la cual pido e suplico me quiera dar gracia para que pueda hacer y ordenar testamento y todo aquello que bueno e fyel cristiano debe hacer."

Creo que es un fehaciente testimonio de lo que para Mendoza significaba María Santísima, teniendo en cuenta que, por lo general, los

¹ Miembro de la Cátedra Extracurricular "María y el V Centenario" de la Universidad del Salvador

encabezamientos de los testamentos no se detenían tanto en la invocación introductoria.

La entrada de los mercedarios con esta expedición de Mendoza, no era con función directa de misionar sino de atender las necesidades espirituales de la apreciable masa de hombres que constituían la expedición, ya que se aproximaba a los dos mil hombres, pero, en cuanto comenzaron a expandirse, también tomaron responsabilidades misioneras.

Hicieron una amplia acción, que después se circunscribió a las poblaciones, y aun este mismo esfuerzo, que fue acompañado de la expansión del culto a la Santísima Virgen y, por consecuencia, de su presencia y auge de devoción, lo vemos concretado en números. Sólo en relación con las Iglesias Parroquiales y Capillas, que están puestas bajo la Protección de Nuestra Señora de la Merced, se suman 221 establecimientos en la Argentina.

Nos dará una idea de la expansión de la presencia de María bajo esa querida advocación, el hecho de haber 25 antiguas imágenes que pueden admirarse con su pecho cruzado por la banda de Generala, tradición iniciada por el General Belgrano y sostenida por el Ejército Argentino.

Para un dato estadístico final. Hay 82 localidades de la República Argentina que llevan el nombre de Nuestra Señora de la Merced, otras, con un uso más afectuoso, han sido denominados: Las Mercedes o Mercedes a secas. Y nos hemos referido a la presencia de María bajo una sola advocación.

Buena parte de nuestras ciudades fueron fundadas bajo algún título de María o puestas bajo la protección de Ella, invocándola el fundador tras pedir al Dios Eterno que ampare dicha fundación.

Iremos viendo, sin embargo, que María Santísima, de una forma u otra, ha sido la única fundadora.

Desde niños nos acostumbramos a leer una frase, a los pies de Nuestra Señora de Luján, una frase que no nos decía nada. Ahora, quizás lo diga.

Dice dicha frase: "Es Nuestra Señora de Luján la primera fundadora de esta Villa".

En realidad, la costumbre nos hace expresarnos con inexactitudes. El verdadero título de la que nosotros llamamos "Virgen de Luján", es el de Nuestra Señora Inmaculada. Así es la expresión y construcción de su imagen. Una imagen de la Inmaculada, según la tradición española. El título de "Luján" ha sido consecuencia de la denominación popular, significando el lugar. Así como decimos Nuestra Señora de Lourdes, de la Merced, y tantas otras. Sólo es una imagen de la Inmaculada.

Volviendo a su acción fundadora, la Virgen hizo su detención en la Cañada de la Cruz, próxima al lugar donde existe la ciudad que recibe su nombre del río que la acompaña, el Luján.

Y, de la misma manera, la Señora recorrió nuestra Patria, fundando poblaciones.

Recordemos la ciudad de Rosario. Hay quienes llaman a ésta Ciudad de los Arroyos, y otros, Capilla de Nuestra Señora del Rosario de los Arroyos. Este dato interesa poco. Lo cierto es que, aun cuando no por un hecho extraordinario, una pequeña aldea de pescadores del Paraná, gracias a la iniciativa de un colono de la zona, quien trajo una imagen y levantó una ermita, recibió el nombre de Nuestra Señora y, en la práctica, ella fundó la futura gran ciudad. Similar es el caso de la ciudad de Mercedes, en la Provincia de Buenos Aires. En 1752 se crea en ese lugar un fuerte llamado "Guardia de Luján", el que muy pronto fue puesto bajo el patrocinio de Nuestra Señora de las Mercedes y, al crecer el caserío que lo circundaba, se convirtió en pueblo y hoy es la ciudad de Mercedes.

En este mismo tono podríamos ir relacionando numerosas poblaciones argentinas que nacieron bajo el manto de María, titular, casi siempre, de la primera iglesia que allí se levantó o de alguna pequeña ermita a cuyo alrededor se formó una aldea; creciendo el conjunto, más tarde, la población llevaría algún título de María, a cuyo amparo surgió.

Trataremos, en especial, de las que María Santísima, de alguna manera, fundó.

Fundación "Pueblo de Indios de la Pura Concepción de Itatí"

Viajando por las tierras correntinas, al llegar al campo de San José y siguiendo hasta la estancia de "La Limosna", nos vamos a encontrar con una profunda zanja, que forma un inmenso semicírculo. En la ribera del profundo zanjón y mirando hacia el oeste, se ha erigido en 1943 un humilladero, con una imagen de la Virgen y una lápida de mármol en la parte inferior del mismo. En dicho mármol podemos leer lo siguiente: "Por los años 1748 se venía una invasión de indios sobre Itatí. El pueblo se encomendó a la Virgen y, repentinamente, abrióse profunda torrentera, que atajó la invasión. Por eso, este paraje se llama el Atajo. Ad perpetuam memoriam-año 1943".

¿Qué ocurrió allí? Los guayacurúes, de lo peorcito en materia de indios malévolos, estaban constituidos por varias familias indígenas que ocupaban el Chaco Gualamba y se extendían hacia el Oriente, cubriendo parte de la Mesopotamia. Habilísimos en todo lo que fuera bandidaje, habían logrado una elevación cultural al apoderarse de caballos de los

españoles. Convertidos en nómades montados, estuvieron siempre dispuestos a atacar a las poblaciones españolas y a vivir de lo que producían los otros. Afortunadamente se encontraban en regiones poco pobladas, con lo que sus malevolencias no encontraban víctimas. Todo el esfuerzo y sacrificio de años, los mártires y los incontables esfuerzos para reducirlos pacíficamente, habían sido inútiles. En ese entonces, estas multitudes de indios, pululaban por selvas y campos.

"Como un relámpago siniestro -nos narra Fontenla- cruzó por aquellas mentes primitivas la idea de un ataque a Itatí. Cual alud devastador, la horda de payaguaes y guaycurúes avanzaba robando las estancias, arrasando los cultivos a los que incendiaban y, sin respetar vidas ajenas, se aproximaban a la población. Ante la inminencia del ataque se armaron los hombres y los jóvenes, mientras que los imposibilitados para la lucha acudían a los pies de María para pedirle su salvación y la de Itatí.

"El escuadrón itatiteño era minúsculo comparado con la masa cobriza que avanzaba dispuesta al robo y la destrucción. Se estaba por producir el choque, alejados de la población, cuando María acudió en su ayuda. Fue así como, de improviso, se abrió un enorme surco en la tierra, un zanjón que, en forma de enorme semicírculo impedía el paso de las alocadas caballadas indias. Simultáneamente, un fragoroso torrente comenzó a correr por la ancha torrentera, sin dejarles pasos libres, salvo la opción de retroceder. Así fue como la indiada se dio cuenta que estaban frente a un poder sobrenatural, con lo cual, espantada, retrocedió y huyó".

María Santísima había salvado a Itatí.

Y, aquí, me interesa mucho destacar, cómo, en todas las situaciones que María interviene en favor de sus hijos, pese a la violencia o brutalidad de los atacantes, nunca hizo nada que fuera malo o doloroso para los aborígenes, por salvajes o fieros que fueran. Se limitaba a manifestarse o a ponerles obstáculos insuperables que los obligaban a retroceder o ceder, o simplemente, como a los niños, asustarlos un tanto, como para que huyeran.

Los obstáculos fueron, en cada ocasión, lo suficientemente serios como para que no los pudieran salvar, pero sin herirlos o lastimarlos nunca.

Basta recordar su presencia en el Cuzco, en Salta, como veremos, en la batalla de Tucumán. En este caso del Atajo, María, aun con los perversos o los agresores, siempre es benigna y, aun con ellos, se comporta como Madre.

¿Cómo nació Itatí y la imagen de María?

Si bien no podemos decir que el origen de la imagen de Nuestra Señora de Itatí sea milagroso, sabemos bastante de las muy probables aventuras e historia de la misma, como para decir que, ciertamente, es maravillosa e intrigante. Pues, en este caso, también parece que María usó alguna de sus tretas para no quedarse donde los cristianos querían, sino donde Ella lo había decidido. ¡Y, se saldría con la suya!...

La milagrosa imagen parece que proviene del Guayra, en el Paraguay, traída, se supone, por Fray Alonso de San Buenaventura y el extraordinario y santo misionero franciscano Fray Luis de Bolaños. Observemos la cantidad de "quizás", "tal vez", "probablemente" que irán apareciendo.

Pues bien, refiere la tradición, que probablemente, habiendo sido substraída de su oratorio por indios infieles, fue tiempo después hallada durante una bajante del Paraná, en una punta de piedra que forma límite con el actual poblado.

Gozosos los pobladores por su hallazgo, la condujeron al Yaguari, donde se le construyó un oratorio propio, con fuertes cimientos, que aun hoy se pueden observar.

Sin embargo fueron ocurriendo cosas desconcertantes. Desaparecería de su hornacina para, tras ardorosa búsqueda, ser encontrada, de nuevo en el río. ¿Quizá vuelta a ser robada por los indios? ¿Quizá porque Ella misma, pese a la vigilancia, se iba?

Las repetidas escapadas y su aparición en el pétreo promontorio, se interpretó, al fin, como voluntad de Nuestra Señora de estar en ese sitio. Piadosamente se renunció a su posesión y los pobladores le construyeron un templo nuevo, próximo al lugar de los encuentros, el actual Itatí.

Bien, ya nos encontramos inmersos en los resultados misteriosos icómo les gusta a algunos estas palabras!... de las decisiones de María. Pueden parecer incomprensibles sus decisiones y métodos, pero Ella, siempre ha obrado de una manera determinada, por alguna razón determinada.

¿Cuál fue el origen de la piadosa imagen, de Nuestra Señora, una de las más bellas que posee la Patria? Mucho se ha hablado y escrito, por serios investigadores, pero una certeza total no existe, no se sabe nada de su origen.

Un buen historiador de temas relacionados con la Santísima Virgen, en la Argentina, el Presbítero Fontenla, da una terminación salomónica al problema del origen de la imagen. Nos dice así: "... Interpretando razonablemente y a la luz de los documentos, la tradición popular, a la que desbrozamos de manifestaciones de espesa ignorancia, que torna la

presencia de la imagen, no más misteriosa sino más inverosímil, debemos afirmar categóricamente, que la supuesta aparición ocurrida antes de 1608, no fue sino un feliz hallazgo de la imagen".

Bien, me pregunto y con todo respeto a este serio historiador. Pero, ¿y su origen, cuál es? Porque una imagen de bulto, en esos momentos y en esas circunstancias no es una cosa fácil de explicar. No digo que sea de origen milagroso, pero ¿y si lo es?...

Como un paréntesis, digamos, y yo me he enterado hace poco, que el célebre navegante veneciano, don Sebastián Gaboto, del que todo sabemos que estuvo por esos andurriales, al conocer el río Paraná, majestuoso, con el inmenso caudal de sus aguas, proclamó a la Santísima Virgen del Rosario como Patrona del Gran Río, que, por primera vez surcaban naves cristianas.

María, es llamada, en ese lugar, desde que fue entronizada donde Ella deseaba, "Pura y Limpia Concepción de Itatí". (Itatí significa, por el lugar donde se encontró su imagen repetidas veces; "Punta de Piedra").

Muchos prodigios y gracias estupendas se atribuyen a la Santísima Virgen, bajo el título de Itatí. Pero, como se lamenta el mismo Fontenla, pocas han sido las que, precautoriamente, están autenticadas por escrito.

¿Cuál es el aspecto de la imagen de Nuestra Señora en su nombre de Itatí?

La efigie de María de Itatí, se nos refiere, representa, devotamente, el misterio de su Concepción Inmaculada. Recordemos lo importante que era para España la veneración y solemnidad de este misterio, mariano como pocos. Como casi todas las imágenes que existen en la Argentina, de alguna antigüedad, están representándola, aunque por el hecho y costumbre de vestir a las imágenes no nos parezca a los que las contemplamos. Tengamos presente que, la misma imagen de María, en Luján es, en realidad, María Inmaculada del Pago de Luján.

El vate argentino, Carlos Guido Spano, ha cantado la realeza de la Virgen de Itatí, en estrofa dulce y sentida:

Señora de las selvas
y pueblos guaraníes,
Que dulce nos sonríes
Divina aparición...

Y tenía razón el poeta argentino al decir "Señora... de los pueblos guaraníes...", porque María Santísima fue, en realidad, protectora de esos pobres habitantes del sur del Guayrá y de nuestras tierras del noroeste.

Adelantándonos a algo que expresaremos más adelante, nos encontramos con lo que el gran historiador jesuita, Padre Lozano, narra, en

prueba "de la influencia, son sus palabras, de la imagen de la Virgen en el alma del pueblo y raza guaraní, razas que, sin haber escuchado, aun, la palabra del Evangelio y sin que se le hubiera dicho quién era la Virgen María, era ya venerada en la profundidad de la selva".

Vamos a considerar algunas de las cosas que la Santísima Virgen hizo, sin duda, para que la confianza en Ella fuera creciendo.

La Traslación de la imagen a su nuevo templo se efectuó el 14 de agosto de 1624. Sobre los prodigios verificados aquel día, el padre Gamarra, el constructor del nuevo templo, da cuenta a sus superiores y, para mayor "abundancia y certidumbre", el Padre Guardián del Convento de San Antonio de Corrientes, Fray Antonio Acosta, ordena una información jurada sobre los hechos acaecidos, ante Notario Público, el 23 de septiembre de 1624.

Los más desconcertantes fueron las repetidas transfiguraciones del rostro de la Santa Imagen.

La primera mudanza tuvo lugar el día sábado y lo refiere así el P. Gamarra: "El sábado próximo pasado de este presente año, estando cantando la antifona del Regina Coeli, en lugar de la Salve, que se canta todos los sábados, echó de ver por la imagen, una extraordinaria mudanza de su rostro, y mandó llamar para que la viesan los indios del pueblo, lo cual duró en la imagen hasta el jueves infraoctava de la Pascua de Resurrección y volvió a su ser de antes". Esta deslumbrante mutación duró seis días, dejándose ver del párroco y de la población atónita, extraordinariamente linda y hermosa.

Algunas otras veces se mostró de esta suerte, aunque no tan radiante de belleza como la primera vez, y así nunca pasó semana sin que una o dos veces entregara su hermosura, gloriosamente, para solaz espiritual de todos los que la observaban.

Otras transformaciones similares tuvo, sin que ningún testigo pudiera deducir a qué se debía, constatándolo varios españoles, sin contar numerosos indios que asistían.

Por el mismo documento, citado más arriba, sabemos ciertamente que las trasmutaciones del rostro de la Santísima Virgen de Itatí tuvieron lugar muchas veces, siendo, asimismo, muchos los testigos de este regalo.

Entronizada en su nuevo templo, realizáronse estos prodigios innumerables veces, ostentándose hermosísima, aunque, a veces, muchísimo más que otras. Todos la veían en esas transformaciones que duraban por espacio de media hora, más o menos, y, agrega el documento: "luego, el sábado 14 de este mes de septiembre, habiéndose cantado la Misa de Nuestra Señora, como entre las diez y las once, oyó, este testigo como una música de voces y flautas. Entendiendo, al principio, fuese alguna

cosa en el pueblo, salió y rodeó toda la iglesia y no oyó nada. Tornó a entrar adentro (sic) y volvió a oír como antes y estando así un rato, para ver si la oían otros, envió llamar a algunos cantores e indios del pueblo, y no se hallaron más de seis, porque todos habían ido a sus chacras. Y todos los oyeron juntamente, porque lo demostraron haciendo cada uno el mismo son y tono, aunque ahora no se acuerdan y lo ha preguntado a los que la oyeron, y tampoco aciertan como entonces".

Existe un documento que describe raros favores de la Virgen, en un total de sesenta casos, documentados por el mismo párroco, padre Gamarra, y legalizados por documento del Notario Público del Juzgado Eclesiástico. Existe copia de dicho documento en "Iconografía Mariana" -Fontenla- Pág. 116.

Advocaciones Marianas en Argentina

Nos llevaría mucho ir tratando pormenorizadamente los títulos de Nuestra Madre en la Argentina.

Convengamos en que no se puede hablar de "principales", pues siempre se trata de María, pero sí de las más conocidas, citando, de paso, títulos que por lo general no han llegado a nuestro conocimiento, por ser devociones más locales o de regiones remotas.

Por ejemplo. Poco mentada es, entre nosotros, Nuestra Señora de los Milagros de Santa Fe.

No es una imagen de bulto, sino un cuadro, pintado por 1634 como consecuencia de la presencia en la ciudad de Santa Fe de un artista de origen francés, el hermano coadjutor de la Compañía de Jesús, Luis Berger, quien era un distinguido artista en su patria. Mide dicha pintura, aproximadamente, un metro en cuadro, habiéndosele considerado siempre un lienzo de singular hermosura. En sus comienzos no pasó de ser una buena pintura en honra y memoria de la Virgen, que, por esas vicisitudes que a veces observamos en las imágenes, por decisión de alguien poco o nada informado, es trasladada a un depósito y allí queda por años. Algo de esto le pasó a esta obra.

Sin embargo, María no deseaba pasar como una imagen poco conocida para sus hijos. Traslada, más tarde, a un rincón del templo, allí estaba, casi olvidada.

Pero Nuestra Señora dijo: -Basta-

Era en el mes de mayo de 1636. Un sacerdote de la compañía, devoto de la Virgen, daba gracias ante esa imagen, después de celebrar el Santo Sacrificio. Solía hacerlo asiduamente. En una de esas, levantó los ojos y le pareció que parte del cuadro estaba mojado. Lógicamente extrañado, se aproximó y constató que era así. Pero, no sólo estaba mo-

jado, sino que de la parte media del cuadro manaba y corría agua. Quiso averiguar más y lo levantó algo para observar si de la pared se producía esa pérdida de agua. Estaba seca y el cuadro algo separado de la misma. Volvió a observar y constató que seguía fluyendo hasta comenzar a mojar el paño de la mesa del altar. Algunas personas que se aproximaron verificaron el mismo fenómeno y comenzaron a comentarlo entre sí. En pocos momentos se convencieron que estaban presenciando un prodigio inesperado. El sacerdote, que tuvo cuenta de semejante novedad, envió un aviso a otros Padres del colegio y al Vicario de la ciudad, así como se decidió llamar al escribano del Rey a fin de levantar acta jurídica del prodigioso acontecimiento.

Llegado el Vicario constató lo absolutamente cierto del hecho y estudió con otras personas la suave corriente de agua que seguía manando. Era indiscutible, algo quería María Santísima y se manifestaba así. Lo interesante, relacionándolo con casos similares que han ocurrido en diversas circunstancias, es que no se trataba de un llanto de María, sino que brotaba agua, simplemente, pero con una evidencia de imposibilidad de lo natural. Algo que llamó la atención y convirtió el prodigio en algo más inexplicable, es que sólo la parte superior estaba perfectamente seca. El inexplicable fenómeno duró como una hora.

Se hicieron levantar dos actas, una para el juez religioso y otra para el juez civil, a fin de que el milagro constara con todos sus detalles y firmaron todas las autoridades religiosas y civiles, en el mismo día.

Desde aquella fecha, no han cesado de producirse hechos inexplicables siempre relacionados con la Santísima Virgen.

Habrán quienes se preguntan, por qué María hizo esa cosa tan rara. Pienso que estaba cansada, digamos con nuestro lenguaje, de estar desatendida y procuraba llamar la atención de que allí estaba Ella. Un hecho manso, pero lo suficientemente sacudidor como para que ya no se olvidaran de que allí se encontraba.

Muchos otros prodigios, ya dije, se fueron produciendo durante tres largos siglos y, lo que la Excelsa Señora quería, se produjo. Ha ido creciendo la devoción hacia la olvidada imagen, siendo constante el movimiento hacia María desde aquel día y Ella responde con su evidente amparo y protección.

Pocas semanas después se produjo uno de los milagros, constatados, más evidentes y sonados. Una mujer, Doña Ana M. de Altamirano, estaba agonizando, pues por una parálisis de pecho y garganta no podía respirar ni tragar líquidos. Uno de sus familiares solicitó a unos amigos un paño que había sido mojado, la mañana del prodigio, con el agua que del cuadro iba manando. Se lo aplicó a la garganta y al pecho y la cura fue

instantánea. Con la prudencia que se supo obrar siempre en los casos de Nuestra Señora del Milagro, la cura de la desahuciada fue certificada por los testigos, médicos y numerosas personas que conocieron y fueron verificadores de la curación.

¿Cuántas advocaciones más hay en Argentina, honrando a María Santísima?

Voy a mentar solamente sus nombres y títulos.

En Salta, desde 1692, se venera a Nuestra Señora de las Lágrimas.

La Virgen de Garay, que se venera en el Templo de San Francisco, de Santa Fe, donada por la hija del fundador de Buenos Aires, esposa de Hernando Arias de Saavedra (Hernandarias). 1642.

En Santiago del Estero, en la población de Loreto, la imagen de María que le da nombre. Está allí desde el siglo XVII.

También en Santiago del Estero, la llamada Virgen de la Montonera, que nos recuerda la fe cristiana de aquellos hombres que fueron estructurando la nación.

En Catamarca es famosa, desde 1543, Nuestra Señora de Belén. Casi desde los comienzos de la estructuración de la Argentina.

La Virgen de Caa-Garay, patrona de Bella Vista, Provincia de Corrientes. Siglo XVII.

Nuestra Señora del Rosario en San Luis. Es venerada desde 1586.

Nuestra Señora de la Merced en Corrientes. Está desde 1647.

En Mendoza, Nuestra Señora del Rosario. Desde 1760.

Nuestra Señora de la Candelaria, en Humahuaca, Jujuy, aproximadamente, desde 1549.

La Virgen de la Concepción del Tío-Córdoba. Desde 1740. Defensora de los cristianos en multitud de malones, de allí corre su fama y devoción.

Nuestra Señora del Rosario de Paipaya y Río Blanco. Jujuy.

La Virgen del Milagro de Salta. Desde 1592.

Nuestra Señora de la Consolación de Sumampa. Desde 1577 en Santiago del Estero.

Y he citado de las más antiguas. Hay multitud de fama extendida, aun en Europa, como Nuestra Señora de Copacabana y de las Nieves (Neuquén).

María Santísima le da un susto a Sobremonte

Hay una advocación a Nuestra Señora que es prácticamente desconocida entre nosotros. Se trata de María Santísima de la Soterraña de Nieva.

El culto de la Virgen, patrona protectora de rayos y centellas, aparece en Salta el año 1787, cuando el Gobernador Intendente, Don Andrés Mestre, hace votar un novenario a Nuestra Señora en su fiesta anual pidiéndole su intercesión ante las espectaculares tormentas que asolaban los sembrados.

Los Patronazgos o Protección que los españoles, y los criollos como continuación, solían establecer, eran multitud. Podemos recordar los que tiene Buenos Aires, aunque eclesiásticos y católicos les den poca importancia en la actualidad. ¡Así nos va!

Más tarde, se solicitó a España una imagen de bulto de esa advocación. La cual fue recibida con todos los honores, cuando llegó a Salta.

En documentos posteriores, del Obispado de Salta, se registra que "desde que se colocó, esa bendita imagen, ha producido muy loable devoción. Nadie ha muerto, después, de rayos o centellas, fijándose en Ella su confianza". Al ser trasladado el Obispo de Salta a su nueva sede en Córdoba, Moscoso era su apellido, introdujo la devoción de Nuestra Señora de la Soterraña de Nieva. Comenzó por encargar otra imagen de bulto y, cuando tuvo noticia que llegaba, envió oficio al Gobernador Intendente, a fin de que, todo el pueblo, el clero, las autoridades salieran a recibirla, en el día dispuesto, para trasladarla solemnemente a la Catedral. Todo fue aceptado y se celebró gozosamente el ingreso de la piadosa imagen.

Al año siguiente, siendo Córdoba y su región zona de peligrosas tormentas, con abundancia de rayos y centellas, el Síndico Procurador de Córdoba, siguiendo el ejemplo de Salta, presentó solicitud al Gobernador Intendente para que se declare a Nuestra Señora de Soterraña de Nieva, patrona y protectora de la ciudad contra rayos y centellas.

Posiblemente tocado el Gobernador Intendente Sobremonte por un puntillo de amor propio por no habersele ocurrido a él, o vaya uno a saber por qué, ya que era un católico piadoso y ejemplar, lo cierto es que se negó a la jura de la Soterraña como patrona y protectora contra las tempestades.

Toda la ciudad sería testigo de lo que pasó y de sus consecuencias, comenzando por los comentarios de la familia de Sobremonte, testigos y difusores del hecho.

El mismo día de la negativa resistente de Sobremonte, armóse una de esas tremendas tormentas cordobesas sobre la misma ciudad y un rayo desprendido de un cúmulo de nubes, cayó sobre la habitación en que se hallaba Sobremonte con buena parte de su familia. Destruyó la máquina de un reloj ubicado en una consola y, sin hacer otro estrago, ni lesionar a ninguno de los que se encontraban en la estancia, dejó intactos e ilesos a personas y bienes.

Esa misma tarde, Sobremonte firmaba el oficio manifestando la conveniencia de que Nuestra Señora de la Soterraña de Nieva, fuera nombrada Patrona y protectora contra rayos y centellas, pasando oficio al Cabildo Secular y al Señor Obispo.

El 27 de diciembre de 1795, Sobremonte, el Cabildo Secular después, emitieron juramento de estilo, que sellaba el patronato de Nuestra Señora sobre la ciudad y sus dependencias.

María en la leyenda

Lo que les voy a ofrecer no está en el campo de la leyenda propiamente dicha, mucho menos en el de las supersticiones, sino en el de las piadosas creencias, a veces un tanto ingenuas, pero que se encuentran en todos los países cristianos.

Se observan arraigadas en los espíritus más simples, mestizos o indígenas, en ese caso entre nosotros, sin ninguna base cultural, pero que, en lo íntimo, nos están presentando creencias simples, apoyadas en la catequesis que alguna vez recibieron. En esas enseñanzas, de parroquia o de hogar, y eso fue lo principal, se improntó una profunda fe y amor a María Santísima, hasta el punto de creer verla, donde no parece que esté. Es la misma fe que hace milagros entre los sencillos de corazón.

Esas mismas creencias llevan a tratar de honrarla a María, a invocarla, a acudir a Ella. Al recoger estas notas que transmitiré, creo incorporar información sobre la existencia y, a veces, profundidad de la devoción de Nuestra Señora y el indiscutible amor que se le tiene.

El relato está recogido de un trabajo del Dr. Juan B. Ambrosetti, "Materiales para el estudio del Folklore Misionero" (publicado en 1894, *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*).

El Dr. Ambrosetti, en la pág. 137 de dicha publicación, nos dice así:

"Muy cerca de la ciudad de Posadas, en la costa paraguaya, sobre el Alto Paraná, se levantan unas rocas a pocos metros de la orilla.

"Son las piedras de Itá-Cuá (Cueva de la Piedra).

"El Doctor Holmberg, en su viaje a Misiones, refiere lo siguiente, a propósito de ellas:

"Sentado en aquel momento en la popa de la canoa, manejando la pala que servía de timón, hice rumbo hacia las piedras con la intención de examinarlas; pero antes de llegar a ellas, tuvieron tiempo los peones de referirnos que aquel Altar de Piedra (trasposición de Cueva por Altar) debía su fama a una aparición de la Virgen María, pues cierto curioso, al asomarse alguna vez por una grieta del lado del Naciente, la había visto blanca e inmaculada en el lado opuesto. Que esta aparición no era

constante ni periódica, ni intermitente, sino caprichosa. Que otro curioso, deseando darse bien cuenta de aquello, y habiendo podido distinguir la imagen, había sometido las piedras a un examen prolijo, hallando una forma particular de abertura o grieta que imitaba en cierto modo el contorno de la Inmaculada Concepción; y que otro individuo, más curioso aún, había encontrado muchas lagartijas, explicándose la irregularidad de la aparición por la presencia o falta de ramas o yerbas en la proyección de la imagen, que en el primer caso alteraban su forma, y en el segundo, la dejaban libre.

"Y más adelante hace esta pregunta a uno de los peones, recibiendo una respuesta original:

"-¿Podremos ver la imagen?

"-Cuando uno cree, señor, ve lo que quiere.

"Lo escrito por el Doctor Holmberg da la verdadera razón de la Virgen de Ita-Cuá, muy venerada por allí y, cuyo origen, no hay duda que se remonta a la época de los padres jesuitas, cuando ellos tenían la Reducción de Itá-puá (Punta de Piedra), hoy Villa Encarnación del Paraguay, que se halla frente a Posadas.

"La primera vez que pasé por Ita-Cuá fue de vuelta de mi primera expedición a Misiones, por el Río Uruguay, mientras bajaba el alto Paraná, después de haber atravesado el territorio de uno a otro río, por la picada de Paggi, en enero de 1892.

"Mucho me llamó la atención el ver sobre esas piedras, algunas mujeres y muchas velas encendidas. Pregunté la causa al señor don Joaquín Aramburú, vecino de Posadas, y uno de los yerbateros más antiguos, con quien veníamos juntos en el vapor y me refirió exactamente lo mismo que el doctor Holmberg.

"Posteriormente, el señor agrimensor Juan Quirelme ha comunicado que las gentes, por allí tienen la siguiente costumbre:

"Cuando alguno va a rezar o a prender velas sobre la roca de Ita-Cuá, principalmente los canoeros, dejan una ofrenda sobre las piedras que consiste en dinero o cualquier otro objeto, por pequeño que sea, pero que representa algún valor, como ser anzuelos, víveres, etc.

"Esta ofrenda es para que el que vaya posteriormente la recoja y rece por el que la dejó allí.

"Es tanta la fe que tienen en ese procedimiento, que una vez, varios bandidos, de vuelta de asesinar a una familia en Santa Ana, llegaron a Ita-Cuá y dejaron sobre la roca parte de lo que habían robado a sus víctimas, para que la Virgen les fuese propicia en su fuga.

"Felizmente fueron apresados en el Paraguay y, como se resistieron, pasaron a mejor vida".

La explicación que trata de dar el doctor Holmberg, que por otra parte siempre se muestra respetuoso ante las formas de expresión religiosa, es comprensible. Es la misma que toma la Iglesia: Ante un hecho extraordinario, procura ver si se encuentra alguna explicación natural, antes de darle una salida que se apoye, sin más, en lo preternatural.

Respecto del caso de Ita-Cuá no estoy en condiciones de comentar más.

Sólo lo he referido dado que es un caso más de fe popular. Ignoramos con qué fundamentos comenzó a producirse.

Lo que nos interesa observar es la devoción mariana de esa gente sencilla y que, simplemente, tiene fe.

Nuestra Señora del Valle de Catamarca

María tiene renombre en toda la Argentina, pero, en algunos lugares, desde hace mucho tiempo, fue causa de especial resonancia. Recordemos que voy presentando lugares en los que, estaba o encontraron su imagen. No se sabe si en algunos casos hubo prodigios o simple extravío. Pero, lo que sabemos es cuánto hizo por quedarse en ese pago.

Es voz común de los historiadores que la milagrosa imagen de la Virgen del Valle es la fundadora de Catamarca.

Los datos están tomados de una certificación de cincuenta y tres testigos. Constan en el Archivo del Obispado de la ciudad, donde se conserva un manuscrito con cuanta información se pudo recoger y certificar en el año 1807.

En cuanto prueban los documentos de la época, la ciudad los conserva de primera mano, se manifiesta que Catamarca, ciudad, no surgió, como casi todas las otras ciudades españolas, por real disposición, sino por la presencia en el valle, de la milagrosa imagen. Las autoridades civiles reconocieron después el hecho y le dieron sanción legal.

El factor religioso, en este caso, tiene una influencia mucho mayor de lo que normalmente se nota al fundarse las demás ciudades argentinas del primer período.

En el valle se origina y desarrolla un culto que va echando hondas raíces. Embebe la vida de todos los que en él habitan y bien pronto trasciende para convertirse en un centro de vida religiosa de una zona muy extendida. La localización del santuario es causa determinante, no indiferente, de la ubicación que llega a tener Catamarca.

Hablemos, ahora, de la imagen de María.

Aunque se ignora cuál fue el artista que la modeló y cuál su origen, es indudable que la estatua fue fabricada en América. El tejido de fibras

de chaguar, el cedro de la peana, son productos americanos y, por lo demás, en España, no se estilaban las imágenes de encarne. (Así se llaman las que reciben una coloración de ese color carne.)

El hallazgo se produjo así. Marchaba un indio, criado de un mozo vizcaíno, Manuel de Salazar, propietario en la zona, al pueblecito de Choya, cuando advirtió que otros paisanos suyos llevaban, como ocultándola, una lamparita encendida, dirigiéndose a un cerro vecino. Picado de curiosidad, al siguiente día, guiándose por el rastro de las pisadas de quienes viera, subió al mismo cerro y, entre unos breñales, en una gruta natural formada por enormes pedruzcos, se encontró con una imagen de María, que allí lo miraba.

Apenas regresó, noticiado Salazar, fueron ambos y llevó a su casa el inesperado hallazgo.

Este traslado debió efectuarse por el año 1620.

Según testimonio de un descendiente de Salazar, años después, tuvo la Virgen su "altarcito", sobre una repisa, al lado de la puerta de su morada. Después fue trasladada a una Capilla en el Valle Viejo.

Que María Santísima tiene curiosas maneras de manifestar su voluntad, es algo a lo que nos vamos acostumbrando. Lo mismo que en Luján, Itatí y otros lugares, la imagen de Nuestra Señora que el buen español había traído y entronizado en su casa, también se iba; tranquilamente, en cuanto se descuidaba, María se le escapaba.

La primera vez ocurrió de la siguiente manera. Las casas de aquella época, y en lugares que podían sufrir los ataques de indios que todavía no habían decidido reducirse, estaban construidas como pequeñas fortalezas. Altos muros defendían la parte habitada de la propiedad y puertas y ventanas eran como para resistir un ataque violento. La misma puerta se fortalecía desde la parte interior con trancas, cadenas y pasadores, que la hacían inviolable. Es así que una mañana, al salir Salazar, fue a orar ante la imagen y constató, desconcertado, que no estaba. Clamó de inmediato, alborotó la casa, a toda la familia, a los servidores. Pero nadie tenía la menor idea de lo que podía haber ocurrido.

Temiendo que algunos de los indios Choyas hubieran saltado el muro y violentado la puerta, la hizo revisar con cuidado, pero ésta se encontraba tan fuerte y asegurada como habitualmente. Sin embargo, aprestó una pequeña expedición para ir a la aldea de los choyas, por si la habían ocultado allí. Llegaron cuando los pobres indios estaban haciendo su comida y armó un alboroto descomunal, para intimidarlos y hacerlos hablar. El cacique, cristiano como casi toda la aldea, salió asustado ante los disparos y gritos y se aproximó corriendo hasta donde estaba el desesperado vizcaíno.

Trató de calmarlo y, al enterarse de la causa de semejante invasión, juró y perjuró que él garantizaba a sus indios y que ninguno se habría atrevido a semejante maldad.

Ningún Choya había secuestrado a la Virgen. Se ofreció a acompañarlo él mismo hasta el cerro, a buscarla. Calmado, Salazar atendió las razones del jefe, más asustado a cada momento, y, con toda la alborotada comitiva, se dirigieron al cerro.

Allí la buscaron y, allí, en el antiguo breñal, entre las rocas, mirándolos y como sonriendo, estaba Nuestra Señora, en su imagen.

Alborozados la reintegraron a su lugar en la casa solariega. Todos los circunstantes y los familiares agradecieron a la Señora el haberla hallado.

Seguía pensando el dueño de casa que algún indio, de los servidores, en combinación con los Choyas, la habría trasladado, abriendo la puerta desde adentro, entregándola y volviéndola a cerrar, como estaba.

Aunque confundido, Salazar se fue tranquilizando y trató de olvidarse de la aventura. Pero en lo que no pensó es que él y su familia amaban ciertamente a María, pero no la conocían bien.

Pocos días después, levantado de madrugada, el buen vizcaíno va a saludar a María y se encontró, de nuevo, el nicho vacío. De nuevo fue a revisar, trancas, palos y cadenas con que clausuraba la casa, así como los seguros de la sala en que conservaba la imagen, encontrando todo en el más prolijo orden. Todo se lo veía bien cerrado desde adentro. Resolvió ir al cerro solo, por si había ocurrido lo mismo que en su anterior desaparición. Y, allí, en su antiguo rústico nicho, estaba, como sonriéndole, como un niño que ha hecho alguna picardía.

Pueden imaginarse el alboroto y conmoción que se produjo en la aldea india, que rápidamente tuvieron información de lo que había pasado nuevamente. Por una parte se alegraban que su Virgencita quisiera estar próxima a ellos, pero, por otra parte les afligía la tristeza de Salazar, a quien todos querían y era tenido por un hombre santo.

Con esta segunda aventura, Salazar comenzó a ponerse cabizbajo. Pensaba que María no quería estar con él. ¿Sería tan pecador que la Santísima Virgen huía de su casa? Realmente sufría y estaba muy afectado.

Una tarde que estaba volviendo a revolver estas ideas, llegó a su casa un amigo, quien conocía lo de las desapariciones. Lógicamente la conversación comenzó a girar sobre el misterio que significaba, pues siendo hombres de fe, ya estaban convencidos que ellas eran obra de María. ¡Así de natural! Salazar afirmaba que era por culpa suya que María se iba, mientras su compañero lo escuchaba pensativo. En un momento, Maidana, era el nombre del visitante, le dijo que tenía sospecha de tra-

tarse de otra cosa. Una imagen de la Santísima Virgen, hallada en circunstancias tan especiales, no era cosa común. Y, por eso creía que no correspondía que permaneciera en una casa particular, sino ubicada donde todos los lugareños, tanto españoles como indios, todos cristianos, pudieran acudir a ella y honrarla debidamente.

Animados, pusiéronse de acuerdo los amigos y, tras consultar al Obispo, iniciaron los trámites para construirle una adecuada ermita.

Curiosamente, María, que ya conocía, por supuesto, el proyecto de sus fieles hijos, desapareció en otras ocasiones más. Pienso que lo hizo para que se apresuraran. Al fin se construyó la ermita, en realidad fue una capilla, llegando pronto a tener un sacerdote para el culto y la atención de la numerosa población que se iba acumulando. María había fundado Catamarca y nunca más se fue.

Pero lo importante es que María, una vez instalada, se puso a hacer cosas extraordinarias.

Sin poder detallar, en la información jurada, levantada en 1764, se puede leer: "Ella -la Omnipotencia suplicante- ha devuelto la vista a los ciegos, el andar a los tullidos, el oído a los sordos, ha sanado a desahuciados y moribundos. Ha sanado cuerpos y almas, devolviendo la fe a muchos incrédulos".

El primer prodigio que se conoce es el que le hizo al mismo Salazar. Tenía éste una porción de algodón suelto. Alguien al pasar con una vela encendida se le cayó y prendió fuego. A los gritos, acudió el dueño de casa y comprendió que perdería la cosecha y el galpón. Corrió a la casa, suplicando a la Virgen y en su angustia llevó la imagen hasta el algodón y la puso sobre él. Es de esa fe que ciertamente mueve las montañas. Sin darse cuenta, obligó a María a hacer un milagro y María lo hizo. Sólo quedaron pequeñas marcas del fuego.

Un caso más, para mejor comprender que las cosas que hace María suelen tener una profunda señal de afecto maternal.

En el santuario de la Virgen se conserva un jarro de plata, testimonio de otro prodigio en favor de los humildes. En los límites de Córdoba y la Rioja vivía un campesino que cayó enfermo de gravedad. Consciente de ello, se encomendó a la Virgen del Valle, prometiéndole ir a su Santuario. Terminada su plegaria y su voto, comenzó a sentirse más y más aliviado, de forma que pronto estaba sano.

En el interín había desaparecido de la iglesia de la Virgen un antiguo jarro de plata. Hechas pesquisas y averiguaciones, el jarro seguía desaparecido. En eso llegó el promesante. Se presentó al Cura Párroco y le entregó el famoso jarro de plata. Admirado el sacerdote le preguntó cómo lo había hallado. El campesino contó que había salido de su casa

en viaje para Catamarca, y que al atravesar las Salinas hubieran muerto de sed él y su cabalgadura. Encomendándose a la Virgen, vio de repente, en medio del salar, el hermoso jarro que tantas veces había contemplado en la Iglesia de Nuestra Señora. Estaba lleno de agua, del que bebió él y su mula sin que se agotara el agua.

Reanimado, lo guardó en sus alforjas y continuó el viaje.

Al llegar dio gracias a Nuestra Señora y, ahora, le devolvía lo que ella le había prestado.

En esta forma, constante, la Virgen del Valle, sigue dispensando sus gracias de todo género. Las que alivian el cuerpo, muchas de las cuales se consignan en los libros del Santuario, pero de una forma mucho más valiosa, las que curan el alma.

María Santísima y sus indios guaraníes

Nos es posible, en esta simple recensión que vamos haciendo, enumerar las cosas en detalle; por su más directa verificación, pues la prolija documentación de los padres jesuitas nos lo permite, trataremos algo de María y sus guaraníes.

Hicimos una cita sobre la misteriosa presencia de un conocimiento de María Santísima y un piadoso culto que en sus reductos selváticos le dirigían. Ahora trataremos de asuntos documentados y registrados, no por eso de menor interés e importancia.

Está en nuestras posibilidades consultar unos documentos valiosísimos, que, incluso, se pueden alcanzar en una muy moderna edición realizada en 1929 por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Son las llamadas Cartas Anuas de las Provincias del Paraguay - Chile - Tucumán, las que al principio fueron una, desdoblándose más tarde. Estas cartas las dirigían al Superior General de la Compañía de Jesús, los Padres Provinciales o quienes ellos designaban, con el fin de informar sobre lo ocurrido en cada lugar, cada año. Corren desde 1615, en adelante.

Ante mí el primer volumen de la edición antes citada, volumen XX de la edición de documentos históricos. Estamos en 1618 y comienzan las referencias que nos interesan.

El cronista expresa los progresos realizados entre los aborígenes en esos pocos años, los primeros de las Reducciones, y refiérese a la piedad que se constata entre esa humilde gente. Dice: "... Entre semana, después de las clases de la tarde, acuden los muchachos a la iglesia donde, después de la doctrina, rezan el Rosario de Nuestra Señora y agregan algunas plegarias por las almas del Purgatorio".

Más adelante, escribe el Padre Oñate, Provincial: "Es muy cordial entre ellos la devoción a la Soberana Virgen". Narra lo que le contó un indio que se hallaba muy enfermo. Estaba muy mal, creyendo ya que moría, cuando una noche se le apareció o le pareció verla, la Virgen María. Muy hermosa, nos dice, vestida con una ropa que no se ve en la tierra y, en el mismo instante se encontró muy aliviado, al punto que se levantó para ir a la iglesia, a darle gracias como señal de agradecimiento".

El Señor sabe lo que pasó, pero el indio se curó en realidad. Esto ocurría a pocos años de predicación del Evangelio.

Un poco más adelante, el Provincial enumera cómo se trabajaba y vivía en las reducciones. A propósito, nos dice: "Por la tarde. En tocando las Ave Marías (El Angelus), comienza a resonar en todo el pueblo una acordada consonancia de voces, de todos los que allí están. Suspenden sus labores y entonan, desde sus casas, en voz alta, las oraciones y cantares que aprenden en sus doctrinas, saludando de esta suerte a la Santísima Virgen, a quienes todos reverencian, por singular Abogada y Patrona".

Ya se había fundado entre ellos, mujeres y varones, la Congregación de la Santísima Virgen. Sus miembros, nos dice el cronista, son los más escogidos entre todos los cristianos, siendo la Congregación un fuerte estímulo para la piedad y el ejercicio de las virtudes. Ha manifestado ya, muchas veces, la Madre de Dios, que le agradan estos ejercicios de piedad y la piedad de esas almas.

Transcribo literalmente el informe del Superior Provincial que se narra en la página 688/9 del Tomo XX de los documentos presentados, y de los que voy espigando cuanto digo.

Dice de tal manera: "... Había una mujer congregante, madre de varias criaturas. Era mujer de vida ejemplar. Llevaba a sus hijas, juntamente con la menor de tres años, muchas veces, a visitar la imagen de la Virgen en la iglesia, habiéndoles enseñado a recitar el Rosario. Le era muy fácil inspirar en esas criaturas el amor a María. La mayor se había convertido en un alma sumamente piadosa y rezaba de rodillas, junto con su hermanita menor, pegada a la puerta de la casa. Un día estaba ella sentada delante de la puerta, rezando juntamente con su hermana el Rosario, cuando se presentó una señora como una reina. Tenía ropa resplandeciente, más blanca que la nieve, llevando en la cabeza una corona de oro y en los brazos un hermoso niño. Acercóse muy afablemente y le dijo, sonriendo, a la menor: "No temas, pronto te devolveré a tu hermanita". Al decir esto tomó de la mano a la niña de cinco años. Al ver la menor que se llevaban a su hermana, corrió adentro a avisar a su madre. Salió ella al instante, pero ya no vio a la chica ni a nadie y comenzó a llamar a la desaparecida por todas partes. Nadie contestó.

Llegó a casa el padre de la familia y al saber que había desaparecido su hijita corrió de casa en casa, de calle en calle, en el pueblo y en las afueras, hasta muy entrada la noche, no dejando ni él ni su esposa ningún rincón sin registrar. Ni rastro había de su hija. Vueltos al fin, tristes y cansados, estaban sentados en casa, cuando entra por la puerta la pequeña, alegre. Quedaron atónitos sus padres y más todavía cuando la hija exclamó: "¡Ah! ¿dónde estuve yo? ¡Qué lugar tan hermoso! ¡Qué señora tan elegante me llevaba paseando! ¡Qué cara tan linda! ¡Qué vestidos preciosos! ¡Y llevaba al cuello un rosario que echaba luces!"

Contó también que aquella señora le había enseñado un canto, que se solía cantar en el catecismo, y enseguida lo entonó sin equivocarse, aunque hasta entonces no lo sabía cantar. "¡Qué buena ha sido conmigo! ¡Y su niño, jugaba conmigo y era muy bueno! ¡Ya nada me gusta de aquí! Quiero ir con el Padre para contarle todo".

Pasaron la noche casi sin dormir, pues la niña no cesaba de hablar de todo lo que había visto y de que se lo quería contar al Padre Misionero. El sacerdote trató de ir viendo si caía en alguna contradicción o en fantasía hasta que, de pronto, fijando la mirada la niña en una lámina de María que estaba sujeta en una de las paredes y que la pequeña no conocía, exclamó: "Esta es la Señora que me llevó a pasear y tan buena fue conmigo. Sólo que Ella era más bonita que como se ve aquí".

Se fue estudiando el caso, se sometió a la pequeña a diversos interrogatorios, pero nunca hubo fantasías ni cambios, por lo cual quedó, que, realmente, María, quién sabe por qué razones, se llevó a pasear a la pequeña inocente y la retuvo tan largo tiempo.

Continuando con su crónica, el Padre Provincial expone al Superior General una serie de casos prodigiosos en diversas reducciones y en diversas circunstancias y personajes.

Habla de una resurrección temporaria, de curaciones inexplicables, unidas a personajes de profunda devoción a María o a plegarias de súplica: incluso, parecería que fueron numerosas las apariciones de la Santísima Virgen a naturales cristianos.

Ante estos relatos, y muchísimos que son imposibles de resumir, nos preguntamos: ¿Fueron auténticas esas apariciones, curaciones, manifestaciones marianas?...

Teniendo en cuenta cierta experiencia que tengo en este tema y, ante dos elementos de orden antropológico, de fuerza indiscutible, al menos para mí, creo que, al menos en su mayoría, se trataron de hechos extraordinarios, con alguna participación de la Santísima Virgen.

No es que en éste me impulse solamente el amor a Nuestra Señora y, por lo tanto, la aceptación, así como así, de los hechos.

Advertí que me presionan en favor dos elementos antropológicos.

Primero: Tengo información abundante de cómo, en diversas épocas y, hoy, en diversos lugares del mundo, María Santísima se ha prodigado con los más simples e ignorantes, pero de corazón limpio. En estos casos se darían estas condiciones.

Segundo: Mucha más fuerza, aún, me hace la calidad de aquellos hombres, testificantes, sacerdotes de la Compañía de Jesús. Dejando de lado sus reconocidas, múltiples virtudes, así como sus méritos, me impulsa a aceptar su palabra, por una parte, por razón del elemento humano que la Compañía había enviado a esas Reducciones y que muy pocos conocen y, por otra, porque hay una cierta uniformidad de criterios, que hablan en favor de la verdad de los hechos.

Las cualidades de aquellos jesuitas lo certifican multitud de documentos de la época, los antecedentes personales de la gran mayoría de ellos, incluso de los coadjutores y, por último, la multitud de obras especializadas que ratifican las condiciones intelectuales de esos sacerdotes.

En varias de sus obras, extensamente unas, totalmente dedicadas otras, el fallecido investigador e historiador P. Guillermo Furlong Cardiff, también de la Compañía de Jesús, nos hace conocer que esos misioneros, alemanes unos, otros españoles, franceses, suizos, italianos, ingleses incluso, constituían lo mejor que la Compañía tenía en el plano de lo intelectual y de lo científico. Podrá parecer extraño que se enterraran en esos perdidos lugares de la selva capacidades de ese volumen. Sin embargo así fue. Muchos de ellos no eran hombres simplemente preparados, sino que se trataba de verdaderos sabios, de los que sería inacabable lista la que deberíamos hacer para ser algo justos.

Precisamente, por eso, por ser hombres que no podían ser sorprendidos fácilmente por afirmaciones más o menos soñadas o fantasiosas de simples indios, es que tiene mucha fuerza para los que, en la mayoría de los casos, se definen por una participación excepcional de María Santísima, prodigiosa muchas veces, inexplicables otras, en algunos casos, quizás, milagrosas.

Además, y como para remate, la Santísima Virgen tiene sus técnicas, algunas de ellas ya conocidas por haberse repetido en diversas ocasiones. Esas técnicas, esas modalidades de Nuestra Señora aparecen descriptas por indígenas que no tenían la menor idea de ellas y que se producen a grandes distancias y con personas que jamás se trataron, ni se conocían, ni tenían una idea clara del fondo de las cosas.

Para terminar voy a proporcionar otro informe de las Cartas anuas que he seguido en esta última parte. Estimo que el relato es de 1630, aproximadamente, siempre en la Provincia Eclesiástica del Paraguay, en la que estaba incluida la que sería Argentina. Es un relato impresionante

por su significado y, a la vez imposible de rechazar por los múltiples testigos, su duración y todo lo que significó. Testigos que participaron de hecho y que pudieron testificar.

Siempre del volumen XX, en página 743 y siguientes.

El informe habla de "La vida de la piadosa india Isabel, que volvió a vivir". Había llegado del Brasil y se encontraba a la sazón en la Reducción de Nuestra Señora de Loreto, bajo el cuidado de un famosísimo jesuita, el Padre Francisco Díaz Taño.

Por razón de espacio no tomaremos el relato íntegro, de por sí bastante largo y detallado.

Leemos en él: " Cuando los Bandeirantes invadieron el Guayrá, donde había vivido con su fallecido esposo, decidieron irse a Loreto ella y sus hijos..."

"Habiéndosele escapado su hijo mayor, lo cual sintió más por el peligro de su eterna salvación, rogaba al Señor, insistentemente, que le devolviese a su hijo antes que muriese, favor éste que alcanzó. Enfermóse de muerte y tuvo el indecible consuelo de ser provista con los auxilios de la Iglesia y de poder morir como congregante de la Virgen. Velaban su cuerpo, según costumbre, tres de los congregantes, quienes pasaban la noche en oración.

"Durante la noche notaron que se movía el cuerpo de la anciana. Acercáronse para ver qué pasaba. Díjoles la mujer, Isabel: "No temáis, vuelvo a la vida por voluntad de Dios, en bien vuestro y de todo el pueblo. ¿Está el Padre?" Dijeron que no. "Lo siento, contestó, porque tuviera que decirle mucho". Tomó entonces el rosario de uno de los congregantes, besando su crucecita y apretándola devotamente contra su pecho.

"Como es de imaginar, corrió la voz de que Isabel había vuelto a vivir y como ella había sido de una vida tan ejemplar, al instante acudieron a verla. Les dijo a todos: "Para vuestro bien, me mandó la Madre de Dios y Madre nuestra, volver a mi cuerpo. Había muerto realmente y voy a vivir cinco días más para daros algunas noticias buenas. Pues la Reina del Cielo está muy contenta con vosotros y os quiere mucho a cada uno de vosotros.

"Os suplico con toda mi alma no ofendáis al Señor, ni a su Santísima Madre. ¡Vi de lejos los espantos del infierno! Fui llevada al cielo, donde pude disfrutar de la vista y el trato de la Madre de Dios, Madre nuestra y de todos los santos".

"Estuvo, de esta manera, Isabel, hablando, enseñando, alentando a todos, los congregantes y los demás vecinos de la Reducción que, pasados, no acaban de reaccionar.

"Pasó ella de este modo el tiempo determinado por Dios para ésta su segunda vida y, al día quinto, como lo había advertido, expiró plácidamente por segunda vez".

Este hecho se certificó debidamente y testimonió la población entera. Cuando tiempo después se pensó en trasladar su cuerpo, se lo encontró blanco, resplandeciente, incorrupto y exhalando perfumes increíbles.

Se narra en el mismo informe otro caso de resurrección, temporaria, de una joven de veinte años, quien también estuvo narrando lo que había visto, con una elocuencia increíble y nunca escuchada en ella. Habló de cómo fue María Santísima la que quiso que viniera, a fin de confirmar en su fe a quienes la escucharan. En este caso hubo, también numerosos testigos y el mismo Padre misionero habló con ella y confirmó que todo lo que dijo era teológicamente cierto y de doctrina segura, pese a haber sido una joven de poquísima instrucción aunque cristiana fervorosa.

Son muchos los relatos que van apareciendo en los informes. Pero, lo que certifica, en cierto modo, la verdad, es que de otras partes aparecían informes parecidos, desconcertantes, en los que siempre hubo testigos.

Las Reducciones habían comenzado a formarse en un breve período anterior; sin embargo, en tan corto espacio de tiempo, la catequesis había realizado milagros, en el sentido general del vocablo. Pero hubo santas y santos entre esos pobrecitos, cuyos padres y, acaso alguno de ellos, pocos años antes, aún eran nómadas antropófagos.

Es cierto que los guaraníes conformaban una etnia de especial sensibilidad, pero no podemos dejar de lado lo que hicieron los misioneros, la receptividad de sus almas y la presencia permanente y tan particular, en sus vidas.

Podemos afirmar que la obra de los Padres de la Compañía de Jesús fue extraordinaria, pero que su tradicional amor a Nuestra Señora, a quien llevaron permanentemente como estandarte, y a quien hicieron conocer y amar seriamente, fue su gran arma para la conversión de la nación guaranítica.

Vemos sus frutos hoy mismo. En las regiones donde los descendientes de aquel pueblo están dispersos, los caracteriza su devoción a Nuestra Señora, sea bajo el título de Itatí, Loreto, Luján, Caacupé y tantas otras advocaciones.

Lo que aquí ha sido narrado es, solamente, una partecita de lo mucho que podríamos decir de María, fundadora en nuestras tierras, patrona y protectora y, especialmente, Madre de nuestros aborígenes.